

Padre: Cierra los ojos y déjate llevar. Sueña con que la vida palpita entre tus manos, envuelta sobre sí misma y condensada, como un corazón caliente que bombea imágenes, olores, sonidos embalsamados para ser la banda sonora del terciopelo, de la plata, de la miel que baña los días del gozo.

Toma, junta tus manos para que puedas cogerla. No pesa mucho, aunque su gruesa piel se fuera extendiendo a base de nazarenos, esperas, carreras, llantos y quemaduras. Tiene polvo y el color desvaído tras sufrir las inclemencias de los días y el olvido, pero es un regalo que quería hacerte en tu cumpleaños.

Hijo: ¿Qué es esto, padre? ¿puedo mirar ya?

Padre: Abre los ojos y mira, pero no te quedes en lo superficial. Tócala, pero que no te engañe su tacto granuloso y suave. Nada es lo que parece, porque, en ella están grabadas, en una sucesión de cortometrajes, las escenas que conformaron el tiempo de la ilusión. Solo tienes que encontrar el modo de visualizarlas, al igual que las tribus célticas, o los magos y hechiceros medievales, fueron espectadores privilegiados del pasado y el futuro que se hacían presente en las bolas de cristal.

Y en su espejo opaco de masa compacta, se proyectará el tímido pétalo que se despereza, y suspira su aliento eterno de primavera.

La música que de niños nos hacía capataces y costaleros en cajas de cartón, y que envolvía la estancia enlatada en un viejo radiocasete.

Las torrijas y el arroz con leche, sobre viejos platos de duralex, que endulzaban las tardes santas y de correrías.

Las horas interminables en la calle, agachados o sobre los brazos de una madre, a la espera de un paso que cobraba vida propia para llegar a sus entrañas bajo los faldones, y recibir la bocanada más pura de calor, incienso y sudor.

Los balcones de la casa grande, escotillas desde las que se divisaba el gran océano de cabezas humanas, y los barcos de Triana que volvían a puerto por el

Arenal en medio de la algarabía, entre olas de devoción y marchas interminables. 7 balcones que eran los ojos y los oídos por los que cabía toda la Semana Santa, en la casa-catedral de la infancia.

En este cristal apagado que hoy te entrego, renacerá el monaguillo que ansiaba el antifaz, y que no comprendía, en su inocencia, las lágrimas del Señor de la Salud y Buen Viaje.

Y siempre oirás en ella el bullicio del viejo barrio de la Puerta de Carmona, tierra prometida de los judíos sevillanos. Las campanas del reloj que marcan los siglos y guiaban a los viajeros en la Sevilla amurallada. Los susurros tras una ventana, en las noches frías, que nacen del desamparo y al calor de una mirada se apagan. Las saetas que sobrevuelan

el cielo como vencejos en la noche de San Esteban. El dolor de un cristo que no se levanta, a pesar de las burlas, para no avergonzarnos. Y el tintineo más dulce sobre los varales que nos cobija y ampara cuando se va apagando el Martes.

Hijo, en esta bola de cera, está fundida gran parte de la vida de tu padre.

Hijo: Vaya, muchas gracias, pero, ¿por qué me la regalas si la conservas con cariño, y es un recuerdo tan especial para ti?

Padre: Quiero que tú la guardes, y sepas ver en ella la felicidad inabarcable de un niño, que con este rito se iniciaba en los caminos de una Fe, que en Sevilla

se pone un antifaz y toma las calles, y va creciendo como una montaña de cera robusta y perdurable.

Pero, esta bola es solo una parte, el principio de algo mucho más grande que tengo que entregarte. Ha llegado el momento de legarte un tesoro de valor incalculable, cuyo mapa solo yo conozco, y está a punto de perderse en el abismo más profundo y sombrío, si no lo remediamos antes. Ni las joyas más deslumbrantes, ni desiertos de monedas, ni ríos de plata, ni estrellas de diamantes podrían valer más fortuna que el presente que voy a darte. Ayúdame a desenterrarlo, no sé si vamos tarde, ponlo a salvo, cuídalo, y vigila que nunca se apague.

Hijo: ¿Y qué regalo es ese, padre? ¿Cuándo sabré de qué se trata?

Padre: No perdamos más tiempo, necesito que me acompañes. Abre bien los ojos y, sobre todo, escucha con atención.

Narrador: Y aquel padre con su hijo se puso en camino, perdiéndose por las arterias de la vieja ciudad. Ambos transitaban las callejuelas en silencio, como si estuvieran inmersos en su propia estación penitencial. Uno satisfecho y decidido, poniendo en orden sus pensamientos y apremiado por una necesidad que le había estado ahogando desde hacía unos meses, y de la que ahora por fin se estaba desembarazando. El cumpleaños de su hijo era la excusa perfecta para cumplir un plan tramado entre angustias y miedos que no podía demorarse.

El otro, con la extrañeza dibujada en el gesto y un saco de dudas que le inquietaban, expectante, y notando la marea del mar subiendo y bajando entre sus huesos.

¿Dónde lo llevaba su padre? ¿Qué era aquel tesoro de inmenso valor que con tanto ímpetu le había prometido? Las preguntas se amontonaban en su cabeza y comenzaban a desbordarse, rompiendo el sonido seco de sus pasos.

Hijo: Padre, ese regalo del que me hablaste, ¿vamos ahora a por él?

Padre: Ten paciencia y no te apresures, que estamos llegando al barrio del Arenal, donde la luz bendijo a mis pupilas, y la brisa del río inundó mi cuerpo para

regalarme la primera espiración. Vine a nacer en este escenario, donde se representó la obra del mundo hace 500 años en un teatro bañado por el Betis, cordón umbilical que lo unió al Nuevo Mundo. Explanada de grandezas, explanada de miserias, el comercio del mayor imperio entraba por una puerta que había ahí mismo, en la calle Arfe. Monedas de oro indio, telas de seda de oriente y pinturas de artistas flamencos convivían con la basura y podredumbre del monte malbaratillo, donde los grandes nobles y mercaderes abrazaban la riqueza, y a los pícaros esportilleros les acosaba la miseria. Todavía el sol brilla exaltado cuando se cuele por las azoteas y espadañas del Arenal, y recuerda la grandeza de sus navíos y sus gentes, que descubrieron América a occidente.

Mira, ¿ves ese balcón?, es la atalaya desde donde vigilaba el quehacer de un barrio. Ni los grandes estrategas habrían podido emplazarlo mejor, abierto a la inmensidad de Adriano, el bullicio de La Cestería por un costado, la Maestranza en el tendido de al lado, y el aliento de Triana recorriéndole la espalda. Desde ese mirador privilegiado se archivaron en la nube de mis retinas los fotogramas de jovenzuelos jugando al toro; vendedores de melones y pregoneros de agua; carretillas de mulas y sombreros de ala ancha; maletillas que buscaban la gloria con capotes roídos, y figuras que se jugaban la fama en la plaza; cruces de mayo de orfebrería de lata y flamencas que pintaban de lunares las fachadas.

¡Todo eso se veía desde mi balcón!, que era palquillo en Semana Santa, carrera oficial de la muchedumbre que moría con Triana, y por donde entraba el colorido de los tramos nazarenos, los eternos saludos al Baratillo, el pellizco en los andares costaleros, las ovaciones desbordadas, y la súplica de un Cristo que con tanta Pena nos miraba, que hasta una Estrella bajaba del cielo para llorar su desgracia; y los “quejíos” cigarreros ante el acoso de Caifás, mecidos por costaleros con arte, gracia y compás; y el “gemío” perpetuo del Cachorro que parecía que iba a agarrarse a los barrotes del balcón para escapar de la muerte que siempre lo persigue; y el murmullo de la calle al ver a un caballo entrar en la capilla, que hasta más de uno decía que iban a tener que limpiar las babas del paso de la Caridad; y la Esperanza, que entraba a borbotones en la amanecida, y llenaba la

estancia de aromas del arrabal, de alfareras y marineros, de gitanos y civiles de la cava, de seguiriyas y soleares, que de alegría nos despertaba.

Las mismas persianas verdes, saltaban de felicidad el día grande del barrio. En los bares se bebía y comía con la misma algarabía de las fiestas patronales de un pueblo. En la hora más taurina, un río azul, con las distintas tonalidades que toma el mar, se volvía más caudaloso en el curso alto de la cofradía. Y escoltada por miles de cirios al aire, la niña que llegó hace más de 70 años cogía a su hijo en brazos, porque a hombros no puede, para sacarlo por la puerta grande de la vida, donde espera la Resurrección. Que no te confunda su abatimiento, que no te despiste su llanto, que la niña que nunca crece, de más de 70 años, es solo la capitalista que lo pasea por los tendidos el

Miércoles Santo, para recordarnos que su hijo triunfó ante la muerte, y vive en su regazo.

Y el Viernes, hijo, ¡ay el Viernes!, el tiempo queda latente. Mientras la ciudad se relame en los sueños de una feliz Madrugada, por Real de la Carretería se oye un eco apagado de rodaduras de toneles, y el chirriar de las antiguas carretas de los primeros estibadores que portaban el oro con el que bañaban las monedas y cubrían los altares. Una luz sepia juega entre adoquines y angosturas, y se recrea en la elegancia de unos nazarenos, salidos de una fotografía en blanco y negro, vestidos según los cánones decimonónicos de azul terciopelo.

La historia, que caprichosamente se transforma y ofrece distintas caras en su discurrir temporal, ha elegido La Carretería para permanecer estática y crear una burbuja de pureza, que paraliza su propio transitar y la aleja de cualquier perturbación.

Todo se repite siempre como si fuera la primera vez.

Un “crujío” marca la hora
en la que no corre el tiempo,
es tañer de una campana
que anuncia misterio y duelo.

De terciopelo y tiniebla
alumbran los nazarenos
cuya mayor elegancia
es una cruz en el pecho.

Un calvario que respira,
tallado de carne y hueso,
aseguran las ancianas
que lo escucharon sin verlo:
gemidos, llantos y penas
de apóstoles sin consuelo,
y la Luz pidiendo escala
para subir a cogerlo.

Canastilla selvática,
mascarón en movimiento,
por mares de Fe navega
un galeón carretero.

Se pierde y la deja sola,
torrente de sentimientos
en rostro de madre antigua,
mirada de ojos abiertos.

Que me perdone Sevilla
¡pero no te estoy mintiendo!,
que esa cara “esmorecía”
es el dolor más supremo,
de un palio en Carretería
al ver a su Cristo muerto.

Narrador: De vuelta a casa, con un viento gélido que congelaba sus manos y cortaba su rostro, aquel joven observaba a su padre con el rabillo del ojo, y lo veía resplandecer de satisfacción, como aquel que llega a casa con el deber cumplido. Después de aquella tormenta de ideas y palabras, que casi lo habían dejado abrumado, los acompañaba una calma silenciosa de la que era prisionero, aturullado ante tantas preguntas sin respuesta.

La bola de cera, el tesoro de gran valor y aquella noche extraña en el Arenal de vivencias tan intensas lo tenían desconcertado, pues no era capaz de encajar ni entender el comportamiento de su padre. Estuvo reuniendo fuerzas durante todo el camino, sin saber cómo apaciguar la intriga que lo dominaba, hasta que, a pocos pasos de la casa, se atrevió a traspasar el muro invisible que los separaba.

Hijo: Papá, al final no me has regalado nada de lo que dijiste...

Narrador: Pero el padre estaba ausente, ya caminaba por la calle Sierpes, que era adonde lo quería llevar al día siguiente, y aquella pregunta se desvaneció en la noche cerrada y oscura, como si nunca hubiera existido.

Aquel sábado había amanecido temprano, y la serpiente parecía que se había tragado a todo el que pasaba por su lado, pues en la calle principal de la ciudad no se veían las losetas de granito rojo, sino un hormiguero de cabezas sin orden ni concierto, alterado por la cercanía de los días en los que Sevilla era más Sevilla. Los escaparates sacros y un rastro a vainilla y canela, que flotaba como una nube condensada de agua, recordaban más a la nave central de una iglesia en ebullición, con todos los resortes litúrgicos a punto para anunciar la fiesta. En el cruce de las 4 esquinitas de San José, el joven pregunta expectante.

Hijo: ¿Dónde me llevas hoy, padre?

Padre: Estamos atravesando el meridiano cero de la memoria. Es el orto, el núcleo atómico que es origen, y adonde vuelvo siempre atraído por una fuerte interacción. Aquí empezó todo, escribiéndose el génesis donde mi experiencia fue creando los siete días de la semana piedra a piedra, paso a paso, entre la ilusión del caramelo o la estampita, el anhelo de la anocheada para tocar la cera, el manoseo de los programas en los juegos de cuestionarios improvisados y las medias noches de San Buenaventura que aplacaban el hambre y las ansias. Sierpes es el Alfa del abecedario de las emociones, donde aún resuenan los silbidos de las marchas, las grabaciones a casete que captaban los sonidos, cual retransmisión de radio, y las curiosidades de cada hermandad repetidas sin sentido, aunque las iba absorbiendo sin saberlo en mis conocimientos. Hasta

las sillas hicieron de pequeñas parihuelas, dando rienda suelta a una devoción que, como un goteo incesante, iba creciendo.

Al cruzar entre sus fachadas y comercios se agita, como queriendo salir de su encierro, todo lo que guardé de pequeño, y no puedo controlar otra vez el miedo ante las “levantás” que casi rozaban el cuerpo, la impresión de la voz del capataz llamando con pasión a sus costaleros, la alegría al reconocer una melodía y las lagunas que poblaban mi mente al reflexionar sobre cada misterio, y la incomprensible muerte.

Durante la infancia, observamos la vida a través de una burbuja inexpugnable, bañados en un líquido amniótico que rotura la mejor fortaleza ante las agresiones y crudezas de una realidad que no consigue siquiera rozarnos.

Sin llegar a ser consciente, la burbuja de Sierpes se fue desinflando, creciendo el impulso de buscar sensaciones en la calle y alejándome de la escuela que me doctoró en el amor a las tradiciones. De aquello solo queda una bola de cera, reliquia de una Fe verdadera e imperturbable.

Salí para ahogarme en el sol del Domingo, que estrena colores y parajes, y calienta la garganta cuando apenas entra el aire, al moverse una puerta por la que transcurre un Porvenir entero, pero los

sentidos no caben, pletóricos ante la blancura que se hará parque, donde la luz jugará entre la malla y en la Paz volverá a reflejarse.

Salí para enmudecer de escalofrío, y en un pellizco despertarme, con la tristeza hecha carne. Y la brisa del río que acompaña a sus andares me cuenta un secreto al oído: su cara la has visto antes, en la abuela del mercado, en los desvelos de una madre, en la risa de una niña que se acerca para hablarle. Por eso cojo sus manos, escorzos delicados que juegan con el aire, para llamarle trianera, y decirle que es la primera, Estrella, que el alma me parte.

Salí a quedar con la noche, con la impaciencia de un chiquillo y mariposas en el estómago, para ver salir de un cuadro, colgado del cuarto grande, al Amor del que siempre he conocido, más nunca pude hablarle. Lo encontré en un rostro dulce y caído, en los restos de la sangre, en los pliegues del sudario y en dos manos que se abren. La cita dura un instante, no hay palabras, tan solo el silencio del amante, que sabe que volverá a buscarle y a encontrar a su abuelo, que sigue vivo en su imagen.

Salí en su comitiva para en mis brazos recostarle, y fui campana herida, y rosa sangrante, que florece en San Andrés antes de sepultarle. Y en San Vicente, donde la Pena se esconde entre los ventanales, porque ni tres caídas pueden humillarle. Si en el Museo fuera un fresco, murillesco o de Velázquez, no

podría atrapar el aire, que desciende por sus pulmones y consigue frenarse, para retorcer su cuerpo, y no matarle.

Salí ufano para nadar entre cataratas de júbilo que emanan del barroco más puro e impactante. Y vibrar con la escena teatral, de protagonistas y figurantes, que con gestos, voces y latigazos lo van presentando a Sevilla, y parece que salen del paso. Y del bullicio se eleva una pregunta de Pilatos, las burlas de los centuriones romanos, y el suave lamento de Prócula que pide clemencia para salvarlo. Nunca gritaron Barrabás, en la Alfalfa o por la Cuesta del Rosario, porque el pueblo de la “Calzá” con su Fe lo ha indultado.

Salí buscando la idea platónica de belleza, y al dejar la cueva y reconocerla en un palio de cajón, me inundó la ceguera, allá por Temprado, porque no estaba preparado para enfrentarme a la plena hermosura y esplendor.

Y la siento en las cigüeñas de la Caridad, que crotoran en armonía las maravillas de su pose grácil y atormentado; en el eco que devuelve las Atarazanas, donde reverbera un sollozo delicado y las caricias de las bambalinas en el metal repujado; en los tenores y sopranos de una ópera que se escapa del teatro para ponerle banda sonora grandilocuente al mejor de los quebrantos. Tanto te espero, Victoria, que cuando llegas no quiero que llegues, y quiero seguir esperando, para que el tiempo se congele y poder recrearme en tu eterno Jueves Santo.

Salí a perderme en unos ojos, en los que Montesinos se inspiraba para cantar el cambio de color en los de su amada, en la más profunda poesía salpicada de destellos verde esmeralda y agua cristalina. Policromía que baila por la magia de un sutil fulgor, donde el llanto se hace más desgarrador. Si me pierdo, que me busquen junto al Valle en la noche serena y callada de unos ojos que traspasan el dolor.

Y salí, muchacho, por fin, al encuentro de Dios y su Madre. ¿Dónde buscarlos? ¿En el semblante seductor de la Gioconda sevillana, que transmuta su ánimo en una mueca biforme, rompiendo todas las reglas de la perspectiva, para dibujar la Esperanza? ¿O en la estampa impresionista de claroscuros, donde la luz manipula a las sombras, para insuflar de vida al que camina cargando la cruz?

¿Dónde buscarlos?

¿En el tintineo de las mariquillas en un pecho que jipía a las claritas del alba? ¿O en las espinas cosidas en la frente del Señor que no se inclina ante el poder de la muerte?

¿Dónde buscarlos?

¿En las pupilas vidriosas que proyectan su efigie, inundándolas de calma, y le lanzan vítores, y el pueblo la aclama en San Gil o en calle Parras porque cura los sinsabores del alma? ¿O en los pasos que se arrastran tras los suyos, desde San Lorenzo y hacia donde haga falta, con bolsas de plástico que no hay obstáculos que partan, para sostenerle la cruz?

Los busco y los hallo:

En la pasión desmedida

En rezos de la niñez

En las estampas antiguas

En retablos de pared

En leyendas compartidas

En el bello amanecer.

Dios y su madre habitan

en los rostros de la Fe,

donde se rinde Sevilla,

Macarena y Gran Poder.

Narrador: Al desembocar la calle Sierpes, el padre y el hijo se adentraron en la plaza de San Francisco bajo un cielo encapotado de nubes, y lagunas de plata que reflejaban los monumentos, e indicaban que la lluvia se había adueñado de aquel día de primavera.

El joven había pedido al padre volver a casa, aturdido por las explicaciones de su padre y algo desesperado por no saber qué pretendía. Su mente solo proyectaba las palabras del día anterior, focalizadas en el tesoro, pero su progenitor parecía haber perdido la cordura, y tras anunciarle la entrega de un regalo diferente y preciado, se había dedicado a evocar, con detalles y cierta vehemencia, los hechos y lugares señalados en rojo de sus devociones cofradieras.

No es que no le interesaran, al contrario, el hijo vibraba con cada explicación y llegaba a emocionarse con el pregón tan particular que le estaba exponiendo su padre. Pero no entendía aquel juego de misterios que se empeñó en iniciar el día de su cumpleaños, en el que le prometió entregarle un objeto de valor incalculable, que a él le había parecido que se trataba del mismísimo santo Grial.

En un momento del camino lo observó distraído, distante, como si respirara en otro sitio, y decidió volver a probar suerte. Su voz sonó firme y rotunda.

Hijo: Sigo esperando aquello de lo que con tanto fervor me hablaste, ¡y me encanta acompañarte!, pero la confusión me intranquiliza y me mantiene expectante, ¿qué es eso que querías darme?

Padre: No seas impaciente hijo, que pronto lo entenderás. Ahora solo te ruego que prestes atención y no dejes que nada se escape.

Como habrás podido comprobar, te estoy leyendo el libro de mi Semana Santa, la que me enseñó mi padre, ¡tan diferente a la actual!

Hijo: ¿Por qué dices eso, padre? Yo la veo prácticamente igual.

Padre: A veces no reconozco mi mundo, como si me hubiera perdido en un país lejano, y me veo indefenso ante un ejército invasor que dispara para horadar los cimientos con los que se construyeron el sentido de la medida y el buen gusto, pilares que protegieron su

sentido, ensalzaron la fiesta y propiciaron el buen discurrir de la Semana Santa.

Hoy parece que se desploman como un castillo de naipes con la aquiescencia de algunos, la indiferencia de otros y el aplauso de los que quieren reinventarla. Soy un extraño atrapado en una red de convicciones que nadie parece compartir, y están consiguiendo orillar hasta llegar a marginarlas.

¡Pero es otra cosa lo que yo querría enseñarle a mi hijo!

Hijo: ¿Y cuál es esa Semana Santa, papá?

Padre: La de los barrios, hijo, donde las vísperas ejemplificaban la auténtica hermandad sin otras intenciones que dar testimonio de una Fe heredada, sin alharacas ni porfías, y donde ricos y pobres, creyentes y descreídos se sentían unidos en torno a las imágenes, razón más que suficiente para llegar hasta la Catedral, sin otros motivos oscuros y materiales.

La del Domingo de Ramos radiante en los templos y calles, que acogía en la mañana a multitud de sevillanos y visitantes que se integraban con júbilo en la celebración, y mantenían el decoro con vestidos elegantes y especiales para la ocasión.

La del respeto sagrado a la procesión, donde nunca nadie hubiera osado empujar o tirar al suelo a un nazareno, provocar altercados en las masas o simplemente levantar la voz ante un paso. O plantar una sillita en el pavimento, y en el peor de los casos hasta una mesa de picnic, cortando el paso como si de las aceras fueran dueños, y lanzando groserías e incluso algún golpe al que profane su terreno.

Mi Semana Santa es la de la bulla que se mueve sola, donde nadie entra en pánico ni pierde la compostura, y nunca hicieron falta vallas ni policías para controlar a las masas, porque sabíamos movernos. Yo crecí acercándome a los pasos, mirando bajo los faldones y tras los respiraderos, sabiéndome quitar en el justo momento para no interrumpir ni molestar a acólitos,

capataces y costaleros. Las cofradías siempre arropadas de público y no en pasillos desiertos.

Es la del sentido común que imperaba en las hermandades, con su autonomía y sapiencia, que cuando llovía no movían la cruz de guía, y si lo hacía paraban para refugiarse. Sin meteorólogos, ni aplicaciones móviles, ni amigos en Huelva que daban el parte.

Es la de recrearme en la oración, en la estética, en las imágenes, en esa atmósfera inigualable en la que los sentidos disfrutaban a flor de piel de la maravilla de un paso en la calle. Y me hubieran tachado de loco si todo ello lo hiciera a través de la pantalla de un móvil, o solo me interesara la música o la coreografía en los andares.

Es la de los bares, sí hijo, la de los bares, donde también laten vivencias cofrades, y entre 'montaitos' y cervezas se sacaba el programa para hacer planes, se descansaba del largo día, se disfrutaba de la mejor gastronomía y se celebraban los cabildos más interesantes entre boquerones y calamares. El decoro no se rompe con las croquetas de Ricardo, ni con los carteles del Rinconcillo, ni con los vinos del Ventura, ni de Romero, ni de Moreno. En los bares se sueña la Semana Santa porque son la prolongación de nuestra casa en la calle.

Pero, ¿sabes cuál es la Semana Santa de verdad? La que este año saldrá por primera vez del Porvenir.

Hijo: ¿La Paz?, ¿por primera vez?

Padre: No te hablo de la magia de la primera cruz de guía, ni de la blancura de unos tramos que son espejos donde se refleja la alegría desbordante del primer día, ni del Señor que acepta su cruz sabiendo de su Victoria, ni de ese rastro de luz que calma y sosiega a su paso, vestida de novia del Domingo de Ramos.

Te hablo de un pequeño legionario del Porvenir que este año será nazareno de Sevilla con los cirineos que le acompañan cada día, que son sus manos y sus pies. Y no es legionario por costalero, sino por su lucha diaria contra esa rareza que lo amordaza desde que tenía dos años. Sé que le brillarán los ojos cuando su padre le ponga la túnica, y aunque su cuerpo lo rechace, en su interior, el pequeño legionario del Porvenir se pondrá de pie, cogerá el

cirio, dará caramelos y estampitas y desbordará de orgullo y felicidad al cumplir con el ritual de atravesar el parque para llegar a la Catedral. No hay barreras ni obstáculos para el pequeño legionario del Porvenir en su primera estación con la Paz.

Si lo ves el Domingo, fíjate en la cara del pequeño Luis, en sus ojos inocentes. Ahí está toda la Semana Santa, la de verdad, hijo.

Se está acercando el momento. Volvamos a casa que mañana iremos a San Esteban.

Narrador: Y ambos se perdieron como dos espectros entre el gentío.

Al día siguiente, el mismo sol se admiraba del traje que se había puesto el cielo, de azul San Esteban, en su primera cita del año con la primavera. El canto de los vencejos le daba la bienvenida, como a una novia que entraba en la iglesia, y las flores apresuraban en abrirse para regar el aire con su aroma. Todo este paisaje idílico, sacado de un cuadro de Fortuny, contrastaba con la cara de preocupación de un padre. Ensimismado, tenía la cabeza inclinada hacia abajo, como si estuviera pidiendo explicaciones con el ceño fruncido, y algo desolado. Al llegar su hijo, que lo vio triste y solitario, le preguntó con cierta alarma.

Hijo: ¿Qué te ocurre padre? ¿Te pasa algo?

Padre: ¡Hijo!, sé que habíamos quedado, pero no consigo recordar adónde quería llevarte. Una losa blanca se ha instalado en mi cabeza, que me impide preguntarle a la memoria lo que hoy quería compartir contigo. Es una situación muy rara y vergonzante, te ruego que me disculpes.

Hijo: ¡No tengo que disculparte, y no seas tan dramático!, que eso puede ocurrirle a cualquiera. Vamos a San Esteban, ¿te acuerdas?, algo querías contarme, como estos días atrás, pero esta vez delante de nuestras imágenes.

Padre: Sí, sí, ¡claro!, mi mente se ha vuelto a iluminar, aunque ya le cuesta carburar. La edad no perdona, pero ¡Vamos a la Iglesia!, no tenemos mucho tiempo y además están a punto de cerrar.

Narrador: Y cuando estaban cruzando bajo la ojiva el padre se paró en seco.

Padre: ¡Escucha!, ¿no lo oyes? (tac, tac, tac, oído). Ya estamos preparados. Siempre el mismo reto imposible, donde las leyes de la física se desvanecen bajo las trabajaderas. Fuera nos espera la Gloria, pero todo es oscuro e incierto. (¡A esta es! tac).

En la primera “levantá” nos sale el corazón por la boca. El miedo, cuando se comparte con los tuyos que van debajo, se esconde, pero nunca desaparece. Los quilos empiezan a caer, pero todavía no duelen. El sudor es más de nervios que del esfuerzo. Se pide silencio en la calle. (¡quitate los zancos!).

La expectación es la misma de cada Martes Santo. Todos sabemos lo que tenemos que hacer, las instrucciones son cortas y precisas, pero cada año es distinto. La ausencia de una madre, la enfermedad del abuelo o las fatigas de la vida le echan más quilos al paso y hacen aflorar las primeras lágrimas. (¡venga de frente poco a poco, que se muevan los pies na más y oído a lo que se manda!).

La izquierda “alante” y la derecha atrás se suceden vertiginosamente, pero siempre con las “llamás” muy cortitas, sutiles como el movimiento de las alas de un pájaro o los brazos de una bailarina. Cuando parece que vamos a chocar surge la voz potente. (¡bueno, pararse ahí!, los dos costeros por pareja a tierra!).

Entre el suelo y el paso, apenas hay espacio. Necesitamos algo más que la fuerza para sacarlo y empezamos avanzar, botando, para que se vaya produciendo el milagro.

No cabe, pero las perillas de los varales van pasando una a una ante la incredulidad de la piedra, que no comprende como ni siquiera es capaz de rozarlo. (¡venga de frente con él, venga de frente con él!)

Llega un momento en que parece que todo se viene abajo, pero el esfuerzo de los nuestros por fuera nos alienta para terminar el trabajo inhumano. Cuando parece que nos vamos a caer por un precipicio, una explosión de júbilo en la calle te inyecta las últimas fuerzas, y con las rodillas desolladas y las notas del himno nacional lanzamos el grito de la victoria. Nunca estamos desamparados bajo su manto, con nuestra faja y nuestro costal.

Hijo, son la gente de abajo, los que hacen que las imágenes caminen y respiren, los que andan a compás del luto o el júbilo de una marcha, los que se fajan para darle gracia a una bambalina y respeto en el racheo de una alpargata. No tengo dudas y con ellos voy al cielo, de que la Semana Santa de Sevilla no sería lo mismo sin los hermanos costaleros.

Narrador: Al entrar en la iglesia, les llamó la atención la imagen áurea del Señor, provocada por un haz de luz del que no consiguieron descifrar su origen. Lo miraron en el paso, donde ofrecía toda su ternura mientras recibía estoicamente la humillación de toda la humanidad.

Padre: Hijo, tampoco recuerdo la primera vez que me vistieron de nazareno, pero en este caso no supone un problema porque era muy pequeño, y fui el orgullo de mi abuelo, que en sus brazos presumía de nieto. Recuerdo aquellos Martes donde el bullicio y la algarabía arrasaban la casa familiar, los juegos y correrías entre el azul celeste de las capas, las comidas tempranas y el “pescaito” frito al terminar soñando con que todo volviera a suceder.

Siempre viví con ilusión ser nazareno de San Esteban, hasta que llegó el momento de devolverle los favores a María Santísima Madre de los Desamparados y me metí bajo sus trabajaderas para pasearla por Sevilla. Fui sus pies durante muchos años, los pies de “la verdad”, que es como nosotros lo llamamos, que hasta las señoras me tocaban cuando salía de abajo, empapado, porque decían que era sudor santo.

Si el Señor es mi debilidad, en la Virgen intuyo el rostro de mi abuelo. Se me erizan los vellos cuando la evoco en una noche cualquiera en la Iglesia, o majestuosa en su palio, o dejándonos boquiabiertos con su perfil de madre hebrea en la hora de sus lamentos. Y nunca olvidaré los años que anuncié su camino, de acólito turiferario. Ahora, a pocos días del

Martes Santo, recreado en la misma gracia que Galiano tallara, me doy cuenta de que esta devoción tan honda se la debo a él, naciendo en aquellas manos que me agarraban para enseñarme el camino cuando solo era un nazarenito. Por eso, hijo, mi medalla se fue con él en el Buen Viaje hacia el Señor.

Es grandeza en la derrota, realeza en el oprobio, salud en las heridas y amor donde hay odio. Tus lágrimas de cristal nos guían por terrenos tortuosos, viajes imposibles sin la fuerza de tu efigie allá en la ventana que desnuda los corazones. El rey que se humilla para que no nos humillen llevando la clámide de las culpas y los pecados. Quiero arrodillarme en el perfil de su calle y subirme a su paso para poder aliviarle. Soy de San Esteban, te pido Salud y Buen Viaje.

Y al mirar a su madre, ¿que veo? ¿llanto o risa?
¿dolor o alegría? ¿muerte o esperanza? Si vago
Desamparado en la noche veo a la rosa que se
marchita entre varaes, malla y terciopelo, tiene gracia
y brilla, al compás del tamborilero, aguantando la
angustia que le provoca todo el esperpento.

Por la Alfalfa las mecías
suenan con aires toreros
y aunque viene esmorecía
la miman con mucho esmero
para el gozo de Sevilla
al sonar Campanilleros.

Silencio en la calle Águilas
que van escribiendo versos,
luz de los Desamparados,
los pies de tus costaleros.

Padre: El Martes por la mañana te espero aquí de nuevo. Es nuestro día grande. No me falles.

Narrador: Y aquel joven se despidió de su padre para dar un paseo. Necesitaba poner en orden los pensamientos encontrados que le acechaban y, sobre todo, profundizar en el comportamiento de su padre en los últimos días. ¿Se había vuelto loco? ¿por qué tanto empeño en destapar sus sentimientos y creencias más profundas? ¿y el tesoro que le había insinuado para cuidar? Esperaba que en unos días, el Martes Santo por la mañana, se decidiera a entregárselo para poner fin a la inquietud que le atosigaba.

Al amanecer del tercer día de la Semana Santa, el joven llegó desbordado a San Esteban, ansioso por encontrarse con su padre. Se distrajo en la puerta con los niños que reparten los lacitos, y empezó a impacientarse por la inusual tardanza. Después de media hora, cabreado y pensado en marcharse lo vio llegar acompañado del brazo de su madre. Casi se abalanzó sobre él.

Hijo: ¡Papá, tengo que regañarte porque llegas tarde!

Padre: ¿Y tú quién eres, niño?

Narrador: Boquiabierto, al oír su respuesta advirtió el dolor en las facciones de su madre.

Madre: Lo siento hijo, ya no está con nosotros, su mente ha hecho desvanecer su memoria, y ahora viaja hacia otros lugares.

Narrador: Abatido y con un nudo en la garganta se sentó junto a él delante del paso de palio. Sin apenas poder pensar, perdido, rezaba a la Virgen hasta que de repente, la voz de su padre le dio un vuelco al corazón.

Padre: Ahora lo entiendes todo, ¿verdad? Desde que me diagnosticaron la enfermedad, que ahora me regala algunos momentos de lucidez, pensé en la manera de conservar mis recuerdos para que el Alzheimer no pudiera destrozarlos, por eso te los he regalado. Contigo estarán a salvo, y podrás seguir transmitiéndoselos a nuestras generaciones. Yo me

voy, pero mis vivencias y devociones se quedan contigo. Ese es el tesoro que he puesto en tus manos. Cuídalo.

Narrador: Y con lágrimas en los ojos, el hijo respondió:

Hijo: Descuida padre, mientras pueda, en tu bola seguiré echando cera, para nunca olvidarte.